DEL MOMENTO

ERA ELLA

Anoche me detuvo y me habló.

Acababan de dar las doce cuando la encontré en la calle, una calle obscura y silenciosa.

Iba arrebujada en un manto rojo, a grandes pliegues, y en cada uno parecía esconderse un misterio.

De entre su capa, espléndida, surgía la diestra blandiendo una espada brillante, luminosa, tinta en sangre. Negra y larga cabellera caía en espesa cascada por sus espaldas, recogida arriba por una diadema de pequeños huesos humanos. Sus ojos verdes y profundos, relampagueaban vivaces, desfigurando su rostro, contrayendo su boca que reía irónica, sarcásticamente.

Tocóme ligeramennte con la espada que empuñaba, y un escalofrío interno estremeció todo mi cuerpo.

Después habló, nerviosa, con cólera:

—¿No sabes quien soy, eterno propagador de la paz? Soy la guerra, es decir, la muerte, la locura fratricida.

Agitó en el aire la espada y prosiguió:

—He aquí mi enseña; con ella enloquezco a los jóvenes dando poder a sus nervios, fuego a sus palabras, entusiasmo a sus sentidos. Yo poseo el arte supremo de enardecerlos, con sólo hablarles de la patria, haciendo que se embote su cerebro de frases altisonantes, como patria, venganza, honor nacional y otras cosas por el estilo; con ellas se excitan sus energías y estallan en tensiones máximas de valor guerrero, y va a dar y recibir la muerte con la sonrisa en los labios. Acompáñame ya que eres joven y sabes quien soy.

Sus ojos brillaban, y con ademán sensual cogió mi brazo atrayéndome con fuerza. Intenté dejarla y no pude; entonces advertí que la boca de la desconocida se plegaba con más intensidad, como para sorber mi vida en un beso de loco espasmo.

—¿Por qué te empeñas en huir de mí? No seas necio y sigue la corriente de todos los que me aplauden, que gozan con mis victorias, con mis triunfos. Mira, la vida es vana, es un sueño, una quimera tras la que vamos mendigando sus favores. Búrlate de ella, y ven conmigo a darla en holocausto a un Emperador, a un Rey o a un Presidente. ¿Qué te detiene?

—¿A dónde quieres llevarme?—dije horrorizado.

—A un campo de batalla en donde se alberga el supremo, el épico, el heróico valor. Las almas valerosas encuentran allí la dicha, entre las amenazas, las maldiciones, los llantos, los ayes de dolor..., que son como una sublime música de risas, de besos, de canciones...

—Decídete, estamos cerca. ¿No ves el resplandor de los proyectiles al salir del glorioso armamento? ¿No oyes el ruido de los disparos que parece una divina armonía propia para que los dioses se duerman en lánguidas cadencias?...

—Sí; le veo, le oigo. Pero ese resplandor y ese ruido, me parecen la negación de todo lo grande, de todo lo humano, de todo lo elevado...

—¡Oh soñador, deja de vagar por esas regiones! Mi imperio no se interrumpe jamás. Lo que únicamente cambia son los nombres de mis mandatarios. Primero se llamó Alejandro, luego Napoleón, después Bismark, hoy son muchos los que me desean. Acaso entre la plebe haya alguno que me aborrezca, pero mis sacerdotes, que son incontables, se cuidan de que el sacro fuego no se apague ni un instante y me proporcionan fieles a millares entre la ignorancia.

—¡Ah! Yo busco un imperio que al fin te vencerá. Quiero que en el pecho de cada hombre se levante un altar a la paz universal... y a través de tu dolorosa marcha por el mundo de la indestructible maldad, voy ganando para mi religión, de entre los más humanos, de entre los más hombres, algunos adictos.

—Demasiado tiempo—dijo airada—he empleado en atraerte y mi misión no es razonar, si no combatir. Prepárate, pues, a luchar contra la guerra, contra la muerte. Confío en que saldré victoriosa, porque a mi lado está la juventud loca que no razona, que ríe porque es fuerte, que es dichosa y atolondrada. De tus palabras se desprende que aunque eres joven no tienes nada de tal; no me sigas por lo tanto; yo quiero a mi lado la locura, la fuerza, la energía, la ignorancia, la inconsciencia y la estupidez, que son las grandes virtudes que me sostienen en mi trono de gloria. Sigue tú la senda árida de la paz. Si caes no encontrarás quien te levante; si gritas nadie te escuchará, porque eres una nota discordante en la marcha triunfal de mi paso.

Y blandiendo la espada huyó... oyéndose una espantosa carcajada.

—Espera—grité—monstruo del averno... Y busqué en mis bolsillos un arma para disparar. Fué inútil; sólo encontré una pluma y cogiéndola en forma de lanza quijotesca, me dispuse a herir, gritándole: ¡Espera... espera!...

Pero ya estaba lejos y no me oía... Caí sobre la acera, rodeado de sombra.

Cuando abrí los ojos se acercaba la aurora. Desaparecían poco a poco las sombras y un frío mortal invadió mi ser. Por la parte que huyó la desconocida sólo se veía un informe montón de escombros... se había derribado el pueblo. Entre los derribos asomaban miembros humanos triturados, por doquier se oían ayes angustiosos, una continua queja invadía el ambiente. En las afueras se veía el campo destrozado, el río que cruzaba a mis pies traía el agua roja... roja de sangre...

ANTONIO GARCIA BIRLAN.

Asquerosa, 29 agosto 1914.

SALPICADURAS

Bien quisiéramos que estas breves notas tuviesen la cualidad de ser variadas, ya que no son lo suficiente amenas; pero ni la política, ni la prensa, ni el movimiento social dan actualmente materia para confeccionar cuatro comentarios; la guerra lo absorve todo; los rotativos se han convertido en carnicerías, y por una perra chica dan cabezas de francés, hígados de alemán y tripas de ruso; las gentes hablan de la guerra como de una película vista el día anterior, y nosotros, que mal que nos pese hemos de ir a remolque de la prensa y de la multitud para pergeñar estas notas, no tenemos más remedio que comentar lo que leemos y oímos, poniendo, como es de suponer, en nuestros comentarios todo nuestro jugo individual; en una palabra, nos dejamos *movilizar* para cazar noticias, pero no, para comentarlas.

Admitamos la existencia de dios por un momento, y una vez realizada la absurda admisión, pensemos en la cara que pondrá este señor al recibir los mensajes que le llegan de la Tierra.

De una parte, súplicas de cada nación beligerante para aniquilar al enemigo, y de otra, oraciones y ofertas para que la guerra acabe; esto sin contar con las demandas de neutralidad, castigos y venganzas que los creyentes transmiten cada día a la corte celestial.

Con seguridad que ese dios, cuya existencia hemos dado por supuesta, dirá, después de tomar un polvo y estornudar con el estrépito que corresponde a un dios:

—¡Pero, qué salvajes son los hombres!

De Fabra Ribas, en *La Justicia Social*:

«Cuando se trata de evitar una catástrofe, los socialistas tienen el deber de hacer toda clase de sacrificios

Hasta el de ser ministro.»

Si es broma puede pasar;
mas a ese extremo llevada...
casi se puede afirmar
que es una broma pesada.

Vamos, que de aceptar en serio los argumentos de Fabra Ribas, siempre que un socialista trate de pescar actas o carteras será que se sacrifica para evitar catástrofes, y la mayor catástrofe que puede ocurrirle a un socialista es que peligre el cocido; al menos hasta ahora son muchos los socialistas que *se han sacrificado* dejándose elegir por eso, por la consecución del cocido diario. ¡Viva la abnegación y los garbanzos! ¿No es este un buen grito de guerra, según el moderno socialismo autoritario?

Tres cardenales, francés el uno, inglés el otro y belga el de más allá, han dado su opinión sobre la guerra; y estos tres hombres, que, por su profesión, debieran ser partidarios de la paz, se han declarado más guerreros que el mismo kaiser; los tres, a coro, han dicho que es necesario reventar a los alemanes y si no lo han dicho tan claro, se adivina que lo han querido decir; no es esta, que digamos, la manera de acatar el *no matarás* del decálogo.

Por supuesto que estos tres cardenales tan belicosos continuarán manejando el hisopo mientras que sus compatriotas empuñan el fusil; el caso es armarse con algo cuando la patria peligra, aunque sea con el chisme del agua bendita, que si no es un arma defensiva, sirve al menos para llenar de bendiciones a los que se matan sin saber por qué; y no es poco morir de un tiro y con la bendición de un cardenal, sin gastar un céntimo, cuando son tantos los que pagan porque los bendigan a última hora.

¡Qué suerte, pero qué suerte tienen los compatriotas de estos belicosos cardenales!

Los ejércitos beligerantes se acusan entre sí de gastar balas dum dum, cuyo uso está prohibido por ser estos proyectiles los que causan heridas más dolorosas.

Bien está que se prohiban las balas dum-dum; pero, ¿es que las bombas de 450 kilos hieren sin dolor? Debe ser así cuando nadie protesta de ello, y menos que nadie, al que le toca en suerte una bomba de esa; ¡recañones! ¡Vaya unos escrúpulos que gastan los guerreros!

Copiamos:

«Burdeos, 12, 1 tarde.—Los periódicos de Berlín piden al gobierno insistentemente que adopte con carácter oficial medidas severas contra la especulación desenfrenada que realiza el capitalismo alemán, obteniendo beneficios considerables. La semana pasada adquirieron los agiotistas a bajo precio fondos rusos cuya cotización subió luego progresivamente.

La prensa protesta contra el antipatriotismo de la gente de dinero. que especula sobre las derrotas del ejército alemán.»

He aquí unos capitalistas capaces de disparar aunque sean bombas de mil kilos; ¿qué son las heridas causadas por las balas dum-dum comparadas con las que produce el egoísmo financiero?

Pues ya veréis cómo no hay quien prohiba el uso de las bombas agiotistas ¿sabéis por qué?, porque al agiotista como al soldado se le dispensan muchas cosas en tiempo de guerra; ¡sobre todo al agiotista!, que más que soldado es capitán de la gran cuadrilla ladro financiero-capitalista.

Dicen los habitantes de una ciudad francesa ocupada por los alemanes que los oficiales lloraban rodeados de sus hombres.

Aquí podrían parodiarse aquellos versos de Becquer,

¡Ya ves, soy militar y también lloro!

Pero, ¿por qué llorarían los oficiales alemanes? ¡Vaya usted a saber!

En fin, ya que hemos parodiado a Becquer, parodiemos una copla popular, que es el único comentario que se nos ocurre

En una ciudad francesa
vi llorar a un alemán,
porque no había mujeres
ni niños a quien matar.

Por fin, una noticia que no está relacionada con la guerra, aunque se refiera a un *guerrero*:

Huerta, el famoso Huerta, el ex presidente de la república mejicana se encuentra en Barcelona

Dicen que se irá a vivir a la montaña del Tibidabo, en cuyo sitio se hará construir la guarida.

No anda desacertado el ex general; hombres como él no están bien en la ciudad: chicos y grandes se asustarían al verle con aquella cara tan fea y con una historia mucho más fea que la cara.

ARCADIO

ALMANAQUE de "Tierra y Libertad" para 1915

La situación económica a que nos ha traído la conflagración europea con la casi completa suspensión del envío de fondos de América, a donde tanto papel enviamos, así como la pérdida de la regular cantidad que nos adeudaban los compañeros que residían en Francia, serán causa de que el Almanaque no pueda publicarse con la anticipación que el grupo editor deseaba.

Preciso es, pues, para que el retraso no sea mayor, que los compañeros que han recibido circulares activen lo posible el envío, tanto de las cantidades recaudadas como de la nota del pedido de ejemplares, para calcular el tiraje que ha de hacerse.

Con el concurso de todos el ALMANAQUE DE TIERRA Y LIBERTAD PARA 1915 no desmerecerá de los publicados en años anteriores, con lo que la propaganda resultará altamente beneficiada.

¿Qué entendéis por socialismo, jóvenes socialistas?

El Socialismo de la ciencia sociológica no se inmiscuye en ningún Estado. La Sociología propiamente dicha, detesta por inútil a todos los Estados habidos y por haber.

La Sociología, jóvenes *socialistas*, es la madre de todos los seres de la Tierra, porque conviven todos, más o menos socialmente, en sociedad, aunque no gasten reglamentos escritos para su gobernación natural, como los humanos gastamos. La Sociología, en fin, se extiende a todos los mundos del espacio infinito, porque todos más o menos están socializados por su fuerza de atracción o de gravedad, como lo estamos nosotros.

El "socialismo" que los *socialistas* predican, no es tal en el sentido propio del "socialismo emancipador". No puede serlo.

¿Cómo vamos a estar conformes los socialistas de verdad, los anarquistas propiamente dichos, con el Socialismo de un Estado, aunque éste admita en su programa el Colectivismo? ¿Acaso el Colectivismo, en la sociedad del Estado, no es tan tirano como la norma de trabajar en la sociedad capitalista? ¿Acaso el Colectivismo no jornaliza los trabajos y los paga en moneda, aunque ésta no sea de cobre, de plata, de oro o níquel? ¿No pagará a los colectivistas en "bonos" del valor de una hora, de dos horas, etc., hasta de una jornada de ocho horas? Si no ¿quién pagará a los trabajadores la mano de obra? ¡El Estado, jóvenes *socialistas*, el Estado, que será el patrono-mayordomo de una nación, de una provincia, de un pueblo!...

Son los obreros los empleados del Estado, asociados a él y supeditados a él también en todas sus manifestaciones de actividad social.

Eso no es socialismo, ni puede serlo, porque admite jerarquías, admite privilegios más o menos distinguidos. En una palabra, eso es centralismo de fuerzas asociadas por federaciones de oficios, que se adhieren a un Estado, y éste los legisla, los manda y los roba inclusive, porque en los Estados se admiten jefaturas y esas jefaturas superiorizan, y forman constitutivamente clases inferiores y superiores, en la cobranza de sus trabajos, que el Estado los pagará todos según se le sirva, manual o intelectualmente. Eso es el Socialismo científico de los socialistas de Estado. ¡Vaya un socialismo!

Y para terminar, les diré a los obreros todos, que para vencer a la burguesía no se necesitan diputados, ni concejales siquiera, ni ministros como Vandervelde, jefe del socialismo belga.

La clase trabajadora se asocia en sindicatos de oficio, anexos o similares, y se constituyen adoptando reglamentos a los que los Estados les obligan, y de sus constituciones de oficios agremiados—inspirándose siempre en la idealidad final de cumplir los aforismos de la Internacional: "La emancipación de los obreros ha de ser obra de los obreros mismos" y "la propiedad privada es la causa del malestar social de la humanidad"—, tienen que salir los chispazos que enciendan la hoguera de la Revolución Social, cuyas llamaradas inflamantes quemarán los cimientos carcomidos de la sociedad capitalista, y derrumbarán los Estados y con ellas quedarán deshechas las instituciones burguesas, y todos los partidos políticos y religiosos, y finalizará la explotación del hombre por el hombre, tantas veces flagelada desde las columnas de la prensa obrera, como latigazos a la sociedad capitalista.

JOSÉ NAVARRO GONZÁLEZ

¡Pobre Humanidad!...

Para mi amigo y compañero Zoais

Elevado sobre la cúspide de mi ideal, desciende mi mirada hasta esa humanidad que se revuelca en el cieno de su ignorancia, hasta esa humanidad que se ríe de su mismo dolor, hasta esa humanidad que canta el himno de sus pasiones, confundiendo sus voces con el llanto de sus miserias.

Presenciemos desesperanzados a ese pueblo fermentado en pusilanimería, mojigatería y domesticado y absorvido de las sectas y de las vulgaridades.

Observemos a ese pueblo que vegeta en la actual sociedad, sin saber el papel que le ha designado la Naturaleza; sí, ese es el pueblo que, ciego por su ignorancia, camina a tientas, sin más guía que la de satisfacer el instinto de sus bajas pasiones; ese es el pueblo que vive en perpetua aberración contra las ideas nuevas, el pueblo que es arrastrado y cabestreado por un ídolo, ya de madera, ya de carne humana; y todo por la perniciosa ociosidad de los sentidos y la miserable vagabundez de los cerebros. De aquí que tan pequeña sea el alma altruista de ese pueblo, y tan pobre cifra haya de individuos que se rijan y dirijan por sí mismos y se gobiernen solos por su querer y su sentir, y que el mundo todo parezca un cabestreaje de amos ídolos donde ni abasto dan a surtir de cabestros las cabestrerías de los partidos y doctrinas.

Vedlos a los eternos esclavos confundidos en enorme montón, con sus rostros cadavéricos, con lánguida mirada, que manifiesta la más completa resignación, y en sus contraídos labios se dibuja la sonrisa de la idiotez, símbolo de la más crasa ignorancia. Allí, todos, con la grasienta gorra en la mano, escuchan con silencio sepulcral la voz del tirano que sobre una tribuna les habla de emancipación con el mayor cinismo; y ellos ríen y comentan satisfechos de haber encontrado quien ponga término a sus miserias.

Y yo, cual espectador que observo con dolor las escenas de la vida, digo de cuando en cuando:

¡Pobre Humanidad!... ¡Pobre Humanidad!...

Pobres esclavos, que escogéis ser rebaño a amar con energías vuestros derechos; preferís ser oveja a imponer con eficacia vuestra sagrada voluntad; os asusta el mandato, no la muerte; teméis el acto digno del impulso de vuestro pecho que rompa el yugo opresivo, y en cambio lo recibís temblando y agacháis el cuello como el buey; así obedecéis a la orden, al mandato y no a vuestra voluntad.

Mientras haya mayoría asnal y a la vida el cariño miserable, cerradas estarán a la Humanidad las puertas del bien, del ideal; la Verdad no vendrá a levantar los edificios de la aspiración y de la ciencia; murió la inquietud luchadora por el bien y el progreso; eclipsado está en un crepúsculo procerico el astro del sentir y del pensar.

Y yo digo de cuando en cuando:

¡Pobres y eternos esclavos!... ¡Pobre Humanidad!...

JUAN GUERRERO M.

Azuaga.

EL REMIENDO GEORGISTA

GOBERNANTES Y SOCIALISTAS

De la noche a la mañana, el georgismo ha alcanzado la más estupenda de las bogas.

Hoy no es posible, efectivamente, hojear diario alguno, chico o grande, europeo o americano, sin tropezar con el consiguiente predicado georgista.

Este georgismo actual difiere, sin embargo, del originario, del primitivo, en que no anatematiza la propiedad de la tierra. Los neogeorgistas no se atreven a tanto. Reconocen la legitimidad del derecho de propiedad, concretándose a considerar justo gravar con un impuesto crecido al valor social de la tierra, a ese plus-valor que crea la densidad de la población y que, en consecuencia, dicen, no debe pertenecer al propietario; debe volver a la colectividad.

Es sorprendente este dualismo de los neogeorgistas. Reconocer la prosperidad del suelo y negar el derecho de posesión sobre el valor social, que es su consecuencia, es, por lo menos, paradógico.

Y atacar esa valorización de la tierra, admitiendo en cambió sin objeción la de todas las demás propiedades, es una inconsecuencia.

Porque no es sólo el suelo el que se valoriza por la influencia social, sino que también ocurre lo mismo con las fábricas, los establecimientos comerciales y las empresas navieras, los ferrocarriles y hasta las obras de arte.

Una fábrica cualquiera, aparte de su valor efectivo, adquiere otro por la preferencia que sus consumidores dan a sus productos, y si su propietario la enajena, no la hace por el precio de sus máquinas y existencias, sino por una suma mucho mayor, que representa el valor social adquirido por ella.

Tan es así, que si por una veleidad de los consumidores o por cualquier causa dejan de ser adquiridos los productos de esa misma fábrica o se expenden en cantidades reducidas, el fabricante, al enajenar su fábrica, se ve obligado a hacerlo por mucha menor cantidad. En este caso el valor social ha disminuído o desaparecido del todo. Lo mismo ocurre con un comercio, con una vía férrea, etc.

De manera que así como la propiedad del suelo adquiere un valor social, todo género de propiedades está sujeto a idéntica valorización, independientemente del que podríamos llamar su valor intrínseco.

En el fondo, el neogeorgismo no tiene otra razón de ser que la necesidad fiscal de arbitrar nuevos recursos para el Estado, cuyos dispendios son de día en día mayores. Imposibilitados, o poco menos, los gobernantes para gravar más al consumo, se han acogido con fruición al impuesto a la tierra, que les promete seguros ingresos. Es posible que se equivoquen, pero mientras el desengaño llega, viven esperanzados en grandes días de finanzas desahogadas. Y es sabido que la esperanza es un alto factor de vida.

Al principio, con toda seguridad obtendrán del impuesto a la tierra cuantiosos ingresos. Mas es el caso que en estas cuestiones económicas no se puede avanzar sin que la reacción se produzca de inmediato, y por lo tanto apenas la propiedad de la tierra sea castigada con un impuesto proporcional a su valor social y fomentada en consecuencia la producción agrícola y la edificación—único medio al alcance de los poseedores de la tierra para poder sufragar el impuesto—se originará una baja en las rentas de los capitalistas, efecto inmediato de todo aumento de productos, de la abundancia de edificios y de la producción agraria. Tan pronto como la competencia se intensifique, como su obligada merma en el tanto por ciento, los capitalistas eludirán un negocio que ha dejado de serlo y procurarán vender sus tierras para dedicar sus capitales a otras industrias que sigan redituando altos dividendos.

Y la venta de tierra, la oferta de un negocio que ha dejado de serlo y que por lo consiguiente no ha de tener interesados, producirá una disminución en los precios, desapareciendo ese plus-valor, ese valor social, y con él la formidable entrada fiscal que los hacendistas preven, basada en él.

Esto es fatal y ha de ocurrir en plazo más o menos corto.

El georgismo dejará entonces de estar de moda y los gobernantes tendrán que buscar por otro lado el ingreso necesario al sostenimiento del monstruo estatal.

No es esto todo. Con el impuesto a la tierra los georgistas suponen que desaparecerá el latifundismo y surgirá la pequeña propiedad, la de ese mísero campesino que apenas puede vivir, que trabaja penosamente el año entero y no logra sacar de la tierra para mantenerse siquiera. De ocurrir así, ese miserable labriego, encariñado con su propiedad, sería en el porvenir el defensor más ardiente de la propiedad privada. Bregaría porque los impuestos se redujeran, pero se opondría ferozmente a toda transformación social que pusiera en peligro su derecho de poseedor. No hay egoísmo más formidable que el del pequeño propietario, ni gentes más conservadoras, más retrógradas que los que tienen una hectárea de tierra.

—

Es, sin duda, para nosotros, lo más importante de esa corriente georgista de hoy, ese resultado muy posible del impuesto a la tierra.

Millones de labriegos apegados al mísero terruño significarían un peligro serio para el triunfo de nuestros ideales.

Defensores acérrimos de la propiedad individual y el orden social, serían nuestros enemigos más encarnizados.

He ahí por dónde el remiendo georgista, auspiciado por los políticos con fines fiscales, llamados seguramente a fracasar en poco tiempo, se habría de volver posiblemente en contra nuestra, cosa en que, seguramente, no han pensado siquiera los iniciadores del impuesto a la tierra.

Al señalar el peligro, no lo hacemos —¡naturalmente!—para que los gobiernos se apresuren a "georgizar". Lo señalamos para que, percatados nuestros compañeros de la influencia que la posible subdivisión de la tierra ejercería en la marcha de nuestros ideales, se intensifique en el campo la propaganda del comunismo, único sistema económico capaz de extirpar los males que originan tanto el latifundio como la pequeña propiedad.

Acaparamientos y competencias son las características del régimen de la propiedad privada, con sus consecuencias inmediatas: la miseria y la ruina. Hace falta concluir con este absurdo régimen económico, y para ello se hace necesario, con la urgencia que requieren los grandes males, difundir intensamente el comunismo, formar ambiente propicio a nuestras ideas, para que del mal surja fácilmente como remedio salvador el comunismo.

No basta, sin embargo, con propagar el comunismo. Es necesario también difundir las teorías anarquistas al mismo tiempo, porque mientras subsista el principio de autoridad, mientras la función gubernativa rija, se correrá el riesgo de que la economía sea perturbada por los gobernantes. Y así como hoy van éstos contra el latifundio y auspician el georgismo, si la pequeña propiedad no rindiera las cantidades que los gobiernos esperan, volverían a fomentar el latifundismo, bastándoles para ello cambiar la orientación del sistema impositivo.

Es preciso, pues, acabar con las perturbaciones económicas que la autoridad produce, en ocasiones por torpeza, y otras —la mayoría— teniendo en cuenta los intereses particulares de los hombres que la representan. Y vale la pena de tener presente, que el comunismo podría también ser alterado por la autoridad, si subsistiera juntamente con él, cuando le pareciera conveniente otro sistema económico, ora fuera el actual, ora el colectivismo, ora el individualismo.

—

Conviene de paso hacer notar la actitud de los socialistas en este asunto, actitud que más que ninguna otra pone de relieve sus fines enteramente opuestos a la emancipación económica del proletariado.

Los socialistas son efectivamente, en la actualidad, resueltos georgistas.

En el camino reformista que hace años han emprendido, es lógica indudablemente esa actitud. Partidarios del "remiendismo" no podía dejar pasar un remiendo tan importante como el que supone el georgismo, aun cuando ello les aleje más y más del propósito emancipador de sus primeros días; de cuando eran efectivamente marxistas.

Ir contra el latifundio, es seguramente ir contra la concentración capitalista que Marx reputaba indispensable para que se pudiera realizar la emancipación del proletariado.

Prestigiar el georgismo con su probable consecuencia, la división de la gran propiedad en pequeñas propiedades, es crear un número considerable de propietarios individuales, es fomentar el individualismo y levantar en consecuencia un obstáculo serio al colectivismo.

Nada más opuesto al socialismo doctrinario que ese georgismo auspiciado por los socialistas.

Ello se explica suficientemente. Los socialistas, antes que tales, son exitistas. Es el éxito personal el que buscan y no otras ulterioridades trascendentales. Por eso se han encariñado con el remiendismo y tras las leyes de seguros, de retiros y pensiones, del descanso semanal, del trabajo a domicilio, del de las mujeres y niños, de la jornada máxima y el salario mínimo, propician ahora el georgismo del que esperan el abaratamiento de los alquileres y de los artículos de consumo.

Reformistas, se conforman con aliviar —aparentemente o en realidad, provisoriamente o no— la situación del proletariado.

Esto, más sencillo, más hacedero que una trasformación radical del régimen, les rodea de prestigio, asegurándoles una posición social insospechada por los hombres de La Internacional, perseguidos por los gobiernos, desterrados, encarcelados, caídos en la miseria, atenaceados por el hambre, teniendo que vivir muchos de ellos a expensas de la solidaridad obrera o de la generosidad de sus amigos, cuando no de expedientes de moralidad discutible.

Y han olvidado, sugestionados por el éxito, el supremo ideal de justicia que entraña el socialismo.

Han olvidado, repetimos, que no es con menos horas de trabajo y con la rebaja de los alquileres y la baratura de los artículos de consumo, como se hace socialismo, sino poniendo fin a la explotación del hombre por el hombre, aboliendo el funesto derecho de la propiedad privada, socializando los medios de producción.

Mas esto no es reformismo, ni se puede realizar con escarceos oratorios. Esto es revolucionarismo social y solamente la violencia puede lograrlo; la violencia que no anida en los parlamentos, sino que florece roja en las calles.

EDUARDO G GILIMON

"Vida anarquista" por ANSELMO LORENZO

Tenemos a la venta, al precio de una peseta, este libro, segundo volumen de la BIBLIOTECA de : : : : Tierra y Libertad

Pidiendo más de 5 ejemplares se hace el 25 p. 100 de descuento.

La voz de alerta

A todas las sociedades del mundo y en particular a las de Agricultores y sus Federaciones:

Sabed que en Medina Sidonia los compañeros que más nos distinguimos por nuestra heroicidad y abnegación en la lucha, estamos siendo víctimas de los azotes de la autoridad, pues el día 1.° de septiembre fuimos llamados al cuartel de la guardia civil una veintena de individuos, uno por uno, molestándonos de palabra y amenazándonos a deshora de la noche, sacándonos de nuestros domicilios y conduciéndonos extramuros, y allí, donde no eran escuchados nuestros lamentos, fuimos azotados a diestro y siniestro, queriéndonos obligar, por medio del castigo, a declarar que éramos los autores de unos incendios que todos los años—mejor dicho, desde tiempo inmemorial—vienen sucediéndose en los pastos de las dehesas de estos patronos, y como este procedimiento, además de criminal es antihumano y hace años que la burguesía tiene empeño en que los anarquistas carguemos con el sambenito, creemos que de lo que se trata es de fraguar un complot que pueda perjudicarnos, para regocijo y satisfacción de estos cocodrilos y chacales, que están sedientos de sangre.

Y para que esto no pueda ocurrir damos la voz de alerta.

JOSÉ OLMO

Medina Sidonia.

ACTA

de protesta levantada por la Sociedad de Obreros agricultores de Medina Sidonia y elevada por la misma entidad al comandante del puesto de la guardia civil, al Gobernador civil de la provincia y Ministro de Gracia y Justicia, por estar quince o veinte compañeros siendo víctimas propiciatorias de la benemérita, y otros martirizados y azotados, sin poderse dedicar al trabajo del campo por la persecución que se lo tienen prohibido, todo sin causa que lo justifique, queriéndolos hacer presuntos autores de un sin fin de incendios que han venido y vienen desarrollándose en los campos de estas campiñas.

Dicen así las dirigidas al Ministro de Gracia y Justicia y al señor Gobernador:

«Los que suscriben, miembros de la Sociedad de Agricultores de esta ciudad. Con el debido respeto exponen y participan V. E. que el día 1.° de septiempre fueron citados al cuartél de la Guardia civil por el cabo, unos quince o veinte individuos, queriéndolos hacer responsables, sin causa justificada, de unos incendios que han venido y vienen sucediendo desde tiempo inmemorial en los pastos de la dehesa de este pueblo, y a deshora de la noche del mismo día cuatro obreros fueron sacados de su dormitorio, conduciéndolos a los extramuros y allí, donde no fueran escuchados sus ayes lastimeros, fueron azotados a diestro y siniestro, y otro que iba con dirección a su casa, también fué maltratado a pesar de que no era ninguna hora descompasada para ir a dormir, queriéndoles hacer decir por el castigo que eran los autores o debían conocerlos. Sus familas, como madres, esposas e hijos, lloraron con desconsuelo. Esta clase de procedimientos, según nuestro leal entender, son un abuso además de injustos, porque la conducta de dichos individuos es intachable, no concibiéndose el por qué se les imputa el delito de incendiarios, por lo que esta Sociedad, en reunión celebrada el 8 de septiembre, a las 9 de su noche, acordó por unanimidad levantar acta para que llegara a conocimiento de V.E en son de protesta para que V. E. le ponga un correctivo a dicho jefe de puesto. Gracia que no dudamos alcanzar de V. E. Viva V. E. muchos años.—Medina Sidonia, 4 de septiembre 1914.—Por la Sociedad de Obreros Agricultores, integrada por 330 socios.—*El Secretario*, Manuel Sánchez.—*El presidente*, Juan Martínez.—Excmo. Señor Ministro de Gracia y Justicia.»

Vuestro y de la causá obrera · Por el Consejo Federal.—*El Secretario*, Jose Guerrero.—Hay un sello que dice: Federación Comarcal de Agricultores de Cádiz.

Jerez, 6-9-1914.

Alrededor del gran crimen

Me había propuesto escribir semanalmente un artículo "¡Abajo la guerra!" pero como que guerra significa ausencia de razón, equivalente a desbarajuste general, he aquí que siendo uno de sus efectos el desequilibrio de la correspondencia, me veo forzado a cambiar mis primeros propósitos.

Si hoy me ocupo en "Alrededor del gran crimen", es porque trataré asuntos que si otros los han tratado mejor que yo, no será obstáculo a que una a ellos mi opinión.

No fué nunca mi intención reseñar los acontecimientos de la guerra; esta es labor de periodistas burgueses. A los anarquistas nos toca analizar estas hecatombes para que el pueblo, posesionado de la serenidad de espíritu que requieren las circunstancias, pueda aprovechar la lección.

Diré, no obstante, que, aunque no abrigaba duda de la superioridad de Alemania sobre Francia, nunca creí que los alemanes llegasen a París tan fácilmente. Indudablemente que se esperan grandes sorpresas y que el resultado final será el aniquilamiento de Alemania y Austria y la ruina europea.

Ruina, miseria, desolación, muerte, este es el horroso espectáculo de la sociedad.

Y todos esos dolores, porque un puñado de seres lo han querido y porque millones de otros, abdicando de su personalidad, les han obedecido. Por esto cuando en otro artículo dije que los culpables acabarían por pagar el pato, no quise expresar que los culpables estaban lejos del castigo, que serían infelices obreros que pagarían, porque para mí es difícil distinguir de culpables.

La primera agresora, Austria, recibe el dinero de las cajas obreras y socialistas para que pueda mejor ametrallar al proletariado serbio.

La segunda agresora, Alemania, alardea de ser la que cuenta con más fuerza socialista y sindical, pero, raras excepciones, Rosa Luxembourg y Karl Liebknecht, con sus vidas no han podido lavar la inmensa responsabilidad que pesa sobre el partido socialista alemán.

Herr Haase, que leyó en el Reichstag la declaración socialista, es el mismo que yo denuncié hace más de un año, cuando declaró que el pueblo alemán no pagaba suficiente tributo para el ejército. He aquí el error socialista de pretender atraerse los jefes del ejército. Diputados que se dicen socialistas en Francia y que pagan un tributo al partido, han pedido el aumento de la paga de la oficialidad mientras han procurado hacer fracasar las huelgas. Entre otros Basly no me dejará por embustero.

Y la declaración de Haase, es como todas las cataplasmas de los que quieren armonizar el presente con el porvenir.

Empieza por declarar que van a la guerra forzados, que no la quieren, pero grita que las fronteras alemanas están amenazadas y llama a los socialistas para defenderlas.

¿De que ha servido esa internacional socialista y sindical? Nosotros sabíamos que esas fuerzas eran muertas para la emancipación y hasta un obstáculo a la misma; pero nunca nos imaginamos que llegasen a tal extremo de desmoralización.

Sin hablar de las fuerzas netamente socialistas, sólo de las sindicales, leímos en la *Injusticia Social*, que contaban en 1912:

Austria Hungría	540,329
Alemania	2.553,162
Serbia	5,000
Inglaterra	874 281
Francia	387,000
Bélgica	116,082
Total	4.475,854

He aquí cuatro millones y medio de obreros unidos internacionalmente para la paz y para la emancipación, que se matan entre sí porque manejados por pillos socialistas, les han enseñado solamente a pagar cuotas para que ellos se conviertan en personajes y se emancipen del salario.

Los que más han chillado contra la guerra han sido los franceses, pero a última hora sus jefes se han convertido en chauvinos.

Los socialistas han propuesto al gobierno que se llame a los franceses de 17 años a las armas y han aceptado el poder para salvar la patria, pero que la salven otros, que ellos han huído lejos de los cañones alemanes.

Los generales de la Confederación predican, según me aseguran (pues a Londres no llega después de declarada la guerra), en el que fué diario de los obreros, hoy gubernamental si he de creer a amigos que lo han leído, la guerra sin cuartel, y lo que es peor, el contagio ha alcanzado a los anarquistas (a algunos anarquistas al menos).

La guerra ha dado la puntilla al socialismo de Estado, al sindicalismo incoloro y hasta al de los empleados permanentes; pero, ¿es que sus balas no han alcanzado hasta nosotros?

Hay momentos solemnes, y el presente es uno, en los cuales los exámenes de conciencia se imponen, porque sólo así, con franqueza y con serenidad, podremos salvar el espíritu de libertad y de emancipación.

Si las balas han herido de muerte al socialismo de Estado y sus jefes se han convertido en salvadores de la sociedad burguesa, ellas han herido también el anarquismo, o al menos los anarquistas somos en parte responsables de lo que ocurre.

¡Ah, qué labor más grande nos espera para despertar el espíritu internacionalista, sin el cual no hay emancipación posible!...

Las huelgas rusas terminaron para no debilitar el poder militar ruso.

Los socialistas rusos piden a los obreros de su país que defiendan la civilización, el progreso y las libertades rusas; los socialistas alemanes piden lo mismo a sus colegas; los franceses, igual, y hasta Malato nos aseguran pide al pueblo italiano que acuda a defender las libertades, el progreso y la civilización francesa.

Los anarquistas no somos los más responsables porque carecemos de fuerzas reales para impedir la guerra. El no ser numerosos no es desmérito de la bondad de las ideas. Pero esos pocos que somos hemos cometido la falta de vivir aislados, de no vivir prevenidos. Conocer la verdad y dormir tranquilos con la satisfacción de poseerla y quedar inmovilizados ante los acontecimientos, es una falta que pesa sobre nosotros y que deberemos evitar en lo porvenir.

Yo tengo confianza en que el pueblo español, acusado de ser el más ignorante, sabrá dar lecciones de dignidad y revolución a los demás pueblos. Si fuese llamado a tomar parte en la contienda y se dejase llevar al matadero sin salvar su dignidad con algún gesto, aunque este gesto fuese sometido, yo, haciendo un esfuerzo sobre mi mismo, rompería la pluma y procuraría no ocuparme más de los que así despreciasen su dignidad.

Pero es necesario, para que ese gesto pueda realizarse y basta dar resultados, que empiece por prepararse y no se deje desviar por palabras falaces.

Lerroux ha reclamado la intervención en la guerra para aprovecharse del reparto. Estas frases encierran una gravedad y hasta una amenaza a la tranquilidad del pueblo español.

Pensemos que en vez de tomar parte en el reparto, puede ser repartida, y aun siendo lo primero, el pueblo en nada se beneficiaría, dando en cambio muchas vidas; pero esas frases, en labios de un criado de la monarquía, tienen por objeto preparar a sus mesnadas y anticipar las intenciones de los amos.

Ellas encierran una gravedad más grande que la que a primera vista aparece.

Yo no he leído las anteriores declaraciones más que en la contestación dada en estas columnas, pero he leído otras que son su complemento.

Lerroux ha declarado que España debe estar preparada para que no la cojan desprevenida los acontecimientos. Esto es preparar y justificar la movilización.

Si el pueblo la consiente, cuando quiera protestar será tarde; no le quedará otro recurso que callar y marchar.

España, en la actual contienda, no tiene ningún peligro de ser atacada si ella no se mezcla.

Lo que procede es que, aprovechando la crisis económica que la lucha produzca, sepa desarrollar su industria y su agricultura y cree una nueva era de trabajo y de vida.

V. GARCIA

Las revoluciones son tormentas que tienden a realizar las aspiraciones populares. Jamás son voluntarias; no son otra cosa que el resultado de una ley física, como el huracán que restablece el equilibrio entre las distintas densidades del aire, producidas por las diferencias de temperatura. Cada vez que la desigualdad de nivel entre los deseos del pueblo y los hechos realizados es muy grande, fatalmente estalla una revolución, que los poderes constituídos pueden contener durante un cierto tiempo, pero que no les es posible evitar. De todos los testimonios de la historia, las revoluciones son las únicas que por su violencia, duración y resultados, nos permiten juzgar con seguridad del grado y de los motivos de queja de los hombres que han intervenido en ellas.

Palabras y actos

De vez en cuando aparece entre nosotros quien razona que haciéndose imposible, en esta sociedad, ser completamente coherente con las propias ideas, no vale la pena ser coherente siquiera en parte, en las pequeñas cosas, o escojer de dos males el menor, cuando es fuerza escojer.

Sí, el medio social nos sofoca y nuestra acción contra él es una verdad limitada. No obstante, esa acción existe, consciente o inconscientemente. Las condiciones materiales e históricas, fruto de una evolución anterior, son el terreno donde germinan nuestras iniciativas, y éstas a su vez influyen en la evolución y sobre el medio o el ambiente social. Entre los individuos, entre el individuo y el medio, hay una acción y reacción continua, un entrechocar enmarañado de ideas y de hechos, de grandes y pequeñas revoluciones.

Para romper el círculo de hierro que nos oprime, nosotros, habiendo ya recibido la influencia de una serie de ideas y de hechos, obramos sobre el medio, sobre los otros, procurando tornarlos conscientes de la transformación necesaria. Las fuerzas crecen, se coordinan, vibran, porque no están en suspenso para estallar súbitamente en un acto único y solitario. Hay un ejercicio permanente. Y valen sobre todo los hechos, aunque sean mínimos, porque las ideas, reducidas a simples palabras, sin el comentario del ejemplo, se evaporan fácilmente. He ahí porque nos agrada la "acción continua, incesante, que crea el hecho".

Sin duda, en la mayor parte de los casos somos impotentes contra el medio social, especialmente en el aislamiento. Mas, ¿por qué despreciar las cosas mínimas, en las cuales se hace ejercicio de coherencia y que reunidas constituyen las grandes? Seamos coherentes según nuestras fuerzas. Cuando hablamos de poner de acuerdo los actos con las palabras, no nos referimos más que a producir el esfuerzo, la *tendencia* a ello. Rechazamos lo absoluto. No hay más que un bien mayor o un mal menor. Nuestra vida, nuestros actos y teorías, no asientan sobre relatividad, distinciones, diferencias de grado?

Si pedimos un sincero esfuerzo en la propaganda por el ejemplo, si procuramos hacer el aprendizaje de la iniciativa y la tolerancia, aunque más no sea en las pequeñas cosas, por ahora ¿no contribuímos a la preparación de una sociedad de sinceridad y tolerancia? ¿No vibrará el medio que nos rodea con las ondas concéntricas de nuestro acto?

Somos deterministas y justificamos o explicamos todos los actos. Pero, por eso mismo, queremos determinar, dar a cada uno un sentimiento, no de su responsabilidad moral, de su libre albedrío, sino de su participación en la vida social, en el medio de que él es miembro integrante. Decimos al individuo: eres actor en la comedia o en el drama social; tal papel es nocivo a los intereses solidarios de todos, tal otro es útil. Por este medio contribuyes para el bien tuyo y nuestro y por aquel otro para el mal nuestro y tuyo. Sufrirás la reacción natural de tus actos. Ejercita tu voluntad; no te juzgues un fantoche.

No aconsejamos el sacrificio de la vida, el heroísmo, porque eso no es cosa que se predique, a no ser con el ejemplo. Pero aconsejamos el esfuerzo continuado y sincero, y el esfuerzo nada tiene de absoluto.

Ciertamente, no siempre es fácil distinguir entre los actos útiles, inútiles o perjudiciales. La vida es compleja e irreducible a fórmulas matemáticas y nuestro interés, nuestro estómago, entran preferentemente en la discusión de las cuestiones más vitales, imprimiendo a la lógica desvíos singulares. Para obedecer a la imperiosa necesidad de vivir, bien que incompletamente, sometémonos, y para tranquilizar nuestro espíritu procuramos naturalmente justificar nuestra sumisión. Inventamos una lógica, edificamos una teoría y cedemos al lisonjero placer de acreditarla y de defenderla intelectualmente. Sería tal vez mejor aceptar la necesidad simplemente como tal, guardar un silencio digno y dejar seguir, a nuestro lado, el confiado esfuerzo de armonía entre el pensamiento y la acción:—"Felices vosotros que podéis luchar hasta tocar el fruto prohibido de la coherencia. ¡Felices vosotros!"

Pero ¡ay! no siempre sabemos tener la dignidad de esa actitud de silencio y de reserva. ¡Y eso es tan humano!

A través de todas las dificultades, yérguese la noble y fecunda belleza del esfuerzo, que esas mismas dificultades ejercitan.

Procurad cooperar todos en la obra consciente de una transformación que depende de todos y que por lo mismo depende de cada uno. Y cuando vuestra vida, por no haberse desprendido aún lo bastante, os es el insuperable obstáculo para aspirar a la máxima coherencia posible; cuando inclináis la cabeza a las más crueles contradicciones del despotismo, entonces, a la verdad, las teorías cesan...

Huyamos de decir a cada individuo que él es apenas una víctima impotente. No: cada ser humano es una fuerza capaz de acción y reacción, de dar y recibir influencia.

NENO VASCO

El fracaso de un guerrero

El señor Lerroux ha fracasado en sus negocios guerreros.

El Ayuntamiento de Posadas, cuyo distrito *representa*, ha acordado, por unanimidad, felicitar al Gobierno por su política de neutralidad.

¿En nombre de quién hablaba, pues, el señor Lerroux?

El ridículo se llama esta figura.

LIBROS Y FOLLETOS

Tenemos para la venta los siguientes, que pueden adquirirse en esta administración y cuyo precio se detalla a continuación:

La Anarquía triunfante, por Anselmo Lorenzo	0'10
Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, Doctor Queraltó	0'25
La anarquía ante los tribunales, por Pedro Gori	0'15
¡Cómo nos diezman!, Vicente March	0,50
El derecho a la evolución, por Anselmo Lorenzo	0'10
La política y los obreros, por T. Herreros	0'10
Entre Campesino, por E. Malatesta	0'10
El Abogado del Obrero	1'50
La política de La Internacional por Bakounine	0'10
¿Por qué somos anarquistas?	0'10
Almanaque de TIERRA Y LIBERTAD	1
Hacia la sociedad futura, por José Fumades	0'25
La Ley y la Autoridad, por P. Kropotkine	0'10
El Proletariado y la Humanidad libre, por A. Lorenzo	0'10
Feminismo, por M. Costa Iscar	0'10
La Mujer y la fábrica, por Manuel G. Arcolo	0'05
Contra la ignorancia, por A. Lorenzo	0'10

A los corresponsales y paqueteros, se hace el 30 por100 de descuento, excepto en el del doctor Queraltó, que es el 50.

Al extranjero se cargará el franqueo.

Los envíos de cantidades se harán a nombre del administrador de TIERRA Y LIBERTAD, en letras, libranzas de giro mútuo, giro postal o sellos de correo; en este último caso certificando la carta

NOTA.—No servimos ninguna suscripción que no venga acompañada del importe.